

¿Mártires y, o profetas?

**José Ignacio González Faus,
Cristianisme i Justícia.
Barcelona, España.**

Quiero comenzar con una anécdota que me ocurrió en la UCA. Hará unos veinte años tuve de alumno a un muchacho coreano que había venido aquí con su mujer, para estudiar teología. Como suele ocurrir en Corea, los dos se llamaban Kim, o sea que no puedo dar más identificación... Tuve la sospecha de que la esposa era ya de cierta tradición cristiana, mientras que él me pareció de reciente acceso a la fe. Mantuve con él algunas conversaciones largas en las que me preguntaba cómo entendíamos los cristianos eso de la divinidad de Jesucristo. En una de ellas, se me ocurrió preguntarle cómo había decidido venir a estudiar desde Corea, nada menos que a El Salvador. Y la respuesta le salió tan rápida como si la llevara ya preparada: “porque esta es una Iglesia que tiene mártires”.

Pocas historias darán una cuenta más cabal de lo que puede ser el impacto del martirio, en la línea de una definición de santo Tomás, que retomaré después: “el mártir es un testigo de la perfección del amor”: de ahí su atractivo¹. Jesús decía que nadie tiene más amor que quien da la vida por los que ama. Y san Pablo comenta que eso aún podría entenderse si alguien da la vida por sus más allegados: hijos, esposa, hermanos... Pero dar la vida por quienes te son lejanos, quizá desconocidos y hasta enemigos, resulta asombroso porque implica que has extendido a todos los seres humanos el ámbito de aquellos con los que te unen lazos de sangre. Esa es, realmente, la perfección del amor.

Y esta explicación creo que nos prepara para la distinción, hecha en mi título, sobre las dos posibles clases de mártires, que llamaremos testigos y profetas.

1. He contado en algún otro lugar la confesión que me hizo en Madrid un muchacho salvadoreño que vino a hablar conmigo por razones de estudio: el día que mataron a Mons. Romero fue el día en que me decidí a ser religioso.

1. La distinción

Podemos afirmar, efectivamente, que hay dos tipos de mártires: unos son sencillamente testigos y nos interpelan personalmente por su testimonio. Otros son además profetas e interpelan no solo a nuestra conducta personal, sino al sistema en el que vivimos.

Con esta distinción no quisiera hacer ninguna comparación entre los mártires, contraviniendo aquel consejo del Kempis de que no hay que hacer comparaciones entre los santos. Pero sí creo posible establecer una comparación entre *nuestros modos de reaccionar* ante ellos.

Porque sucede que los primeros no molestan, mientras que los segundos sí que molestan. Quizás por eso, a los mártires testigos se los canoniza en seguida. Mientras que a los profetas se procura olvidarlos aunque hayan sido mártires.

El P. Kolbe, que puede estar en el primer grupo, es un ejemplo admirable que nos interpela a todos y cada uno de nosotros. Mientras que el profeta Jeremías o, por poner un ejemplo más reciente, mi hermano Alfred Delp, “condenado a la horca por el gobierno nazi y hoy beatificado”, por mucho que interpelase, resultaba en su época una figura molesta, como lo resultaba Óscar Romero. Y con las figuras molestas lo mejor es que desaparezcan no solo de nuestra vista, sino también de nuestra memoria. Que este olvido no se consiga puede ser uno de esos indicios de que, a pesar de tantos fracasos y tantos calvarios, Dios sigue siendo “Señor de toda historia, que acompaña a nuestro pueblo y que vive en nuestra lucha”, como canta con verdad la misa salvadoreña.

Por eso, estirando un poco más la comparación, suele ocurrir también que a los mártires-testigos los matan individuos sueltos o ellos mismos arrostran la muerte. A los mártires-profetas los mata el sistema, a través de sus agentes anónimos. Este fue el caso de Óscar Romero, de Ellacuría y sus compañeros, de Enrique Angelelli, de Mons. Gerardi y de tantos delegados anónimos de la Palabra.

Por eso también, la muerte de los mártires-testigos suele ser pública, la de los profetas se procura que sea anónima. Pero luego sucede lo contrario: a los profetas se los recupera, porque siguen siendo actuales. Mientras que los otros mártires, por mucho culto que les demos, se pierden en las lejanías del pasado, porque el paso del tiempo desvirtúa su interpelación: hoy santa Cecilia o santa Inés no pueden significar mucho para nuestras vidas, porque nos separan de ellas demasiados años. Mientras que Juan Bautista o Jeremías, o el P. Delp pueden significar, y siguen significando, algo más; porque personajes como Herodes o Sedecías, o Hitler, a los que ellos se enfrentaron, siguen actuando en nuestros días.

No obstante, quisiera destacar que muchos de los primeros mártires cristianos fueron en realidad también profetas: se los mató porque molestaban al sistema.

Es sabido que el imperio romano era enormemente tolerante con toda clase de religiones nuevas o viejas. ¿Por qué, pues, persiguió a los cristianos? Simplemente porque la confesión de Jesús como Señor entraba en competencia con la confesión de la divinidad de los emperadores, expresada en la fórmula *Kyrios Kaisar*². Y con otro ejemplo aún más claro: el intelectual romano Celso escribía tratando de justificar las persecuciones contra los cristianos: “si todos hicieran como ustedes, el emperador se quedaría solo y abandonado”³. Celso creía en el emperador y en el orden imperial. Hoy sabemos que aquel orden era más bien un desorden y que deberíamos parodiar la frase de Celso con una expresión de E. Mounier: “si todos hicieran como ustedes, el desorden establecido se quedaría solo”. Así se vuelve más claro el factor profético de muchos de aquellos martirios.

2. Las consecuencias

De aquí parece seguirse, en primer lugar, que esa fórmula clásica que busca en el *odium fidei* la causa del verdadero martirio, es bastante imperfecta. A la fe *en sí misma* no la odia casi nadie. Lo que puede suscitar un odio ciego es ese amor que es la cumbre de la verdadera fe⁴. O con otras palabras: se odian *las consecuencias de la fe*, sobre todo, sus consecuencias comunitarias, sociales.

Monseñor Romero tenía la misma fe que sus compañeros en el episcopado. Pero estos no sacaron de ella las consecuencias que él sacó. Por eso no molestaban. Y la fe de esos otros obispos no suscitó ningún odio. Y no los persiguieron, porque no amenazaban al sistema —“sistema asesino”, según lo ha llamado el papa Francisco.

De ahí brota otra consecuencia muy importante: la obligación que tenemos de procurar que los mártires-profetas no caigan en el olvido. Pues esa desmemoria sería nuestra suprema colaboración con el sistema asesino que acabó con ellos. Esta tendencia a olvidarlos puede ser muy comprensible, ya que todos arrastramos el cansancio de esas luchas contra el sistema, que son tan desiguales como la de David contra Goliat, que son además largas y en las cuales el sistema parece acabar triunfando demasiadas veces. Y además, con frecuencia no

-
2. Me resulta ilustrador el paralelismo con el hinduismo actual: la religión que (según todos los especialistas) parece ser la más tolerante con todas las demás confesiones está desatando hoy una seria persecución contra los cristianos, la cual no proviene de la intolerancia o del odio a su fe, sino de la postura de los cristianos ante los parias (los *dalits*). Esa actitud molesta mucho a todas las clases altas de la India, que habían encontrado en la reencarnación un argumento para justificarse y no preocuparse de ellos.
 3. Así lo cita Orígenes en su obra *Contra Celso* (PG 11, 1619). Hay que lamentar que solo conocemos esta obra por las largas citas que aduce Orígenes al responder a ella: porque también aquellos cristianos, cuando llegaron al poder, cayeron en la tentación poco cristiana de destruir todo lo que habían escrito contra ellos los paganos.
 4. *Fides charitate formata*, según la fórmula clásica de la teología.

podremos contar en esa fidelidad con la ayuda de la institución eclesial, a la cual también le molestan los profetas.

Tengamos esto en cuenta: el mártir profeta suele ser incómodo no solo para la sociedad, sino también para la institución eclesial. Algunos elementos de ella pueden haber dicho aquello de “algo habrán hecho... Eran comunistas... Ellos se lo han buscado”. Pero cuando la gente piensa así, se debe con frecuencia a que el martirio del profeta suele dejar una sensación de responsabilidad en la institución, porque adivina que quizá pudo haber hecho algo más. De hecho, la falta de protección institucional actúa como un incentivo para los verdugos. A Pedro Casaldáliga no lo han matado porque Pablo VI tuvo la valentía de identificarse con él en aquella frase famosa: “el que toque a Pedro toca también a Pablo”.

Esta mala conciencia que la institución puede sentir ante la muerte de los profetas tiende, quizás inconscientemente, a favorecer su olvido. De este modo, deja de cumplirse la profecía de Tertuliano: “la sangre de mártires es semilla de nuevos cristianos”.

Por eso, y pese a las dificultades que acabo de reconocer, el deseo de olvidar y comenzar nuevamente de cero, como si esto fuera posible y nada hubiera ocurrido, merece el clásico calificativo ignaciano de ser sugestión “del mal espíritu”. Y, dejando a san Ignacio, voy a citar unas palabras de Nietzsche que apuntan a lo mismo:

El olvido no es solamente una “fuerza de la inercia”, como creen los espíritus superficiales: es más bien un poder activo, una facultad moderadora, en el verdadero sentido de la palabra [...] *Sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna esperanza, ningún presente (Genealogía de la moral, Disertación segunda, I).*

En ese consejo, muy vigente en la cultura de hoy, se desfigura lo que puede tener un valor terapéutico para traumas y duelos *individuales*, y se lo prolonga convirtiéndolo en medicina también para la sacudida que nos causan los mártires-profetas. Pero los traumas individuales “como la muerte de seres queridos o las enfermedades” pertenecen a la limitación de esta vida. Mientras que la interpelación de los mártires-profetas se dirige contra el pecado del mundo, que es algo muy distinto de su limitación.

Al englobar a los dos en el mismo paquete se sugiere una falsa concepción de la felicidad como insolidaridad (egoísta). Recordar siempre a los mártires puede ser triste; pero olvidarlos es una manera disimulada de pactar con el mundo que los produce. Porque es verdad que la vida sigue, pero ya no puede seguir sin su memoria.

Por eso, a las palabras citadas de Nietzsche les podemos contraponer la pregunta de A. Camus: ¿tiene un hombre derecho a ser feliz en una ciudad infestada por la peste?

Esa es, en mi opinión, una pregunta tremendamente seria. Y creo que la única respuesta a ella reside en que el Espíritu de Dios nos ayude a descubrir la dicha que se da *precisamente en la lucha contra la peste*: la felicidad de las bienaventuranzas de Mateo, que por algo son llamadas “bienaventuranzas del discipulado”. Es la felicidad de aquellos que ante la situación de hambre, pobreza, llanto y persecución (cf. Lc 6, 20-22) implantadas en el sistema-mundo, reaccionan con una misericordia que engendra hambre y sed de justicia (cf. Mt 5, 6-7).

3. El mártir como desenmascarador

El peligro de ese olvido de los mártires-profetas es que acaba siendo una justificación del desorden establecido. Acabo de citar las palabras de Francisco contra un sistema que “mata”. Pero la maldad de ese sistema la pone de relieve el hecho de que no solo mata pobres víctimas inocentes, sino que está obligado a matar también a aquellos que le desenmascaran. El mártir pasa a ser entonces no solo testigo del amor, como decía santo Tomás, sino que, además, es testigo de la iniquidad del sistema. Tan es así que algunos sistemas más inteligentes, por muchas víctimas inocentes que produzcan, tienen exquisito cuidado en no crear mártires-profetas, porque adivinan que eso acabaría volviéndose contra ellos.

Y algo de eso creo que se adivina en estas palabras del obispo Casaldáliga:

El martirio ha venido a ser en esta Iglesia de América Latina una vocación normal. También en eso nuestras iglesias se parecen a la Iglesia origen de los primeros siglos. Desgraciadamente con el martirio real de muerte que vivimos, sufrimos ese otro martirio de que esferas significativas de la Iglesia de América Latina y universal ignoran, olvidan o silencian un hecho de la magnitud cristiana del martirio (*Vida Nueva*, 1256 [1981], 35).

Dos cosas creo que merecen destacarse de esa cita. La primera la comentaré en el apartado siguiente y es que habla del martirio no como accidente excepcional, sino como “vocación normal”. La segunda es la queja por el hecho de que esferas significativas de la Iglesia “ignoren, olviden o silencien” un dato tan serio. Es fácil comprender que, consciente o inconscientemente, ese olvido se realiza, como decían los antiguos romanos, *pro domo sua*, en defensa propia. Y no deja de ser cómico que muchas de esas esferas de la Iglesia acusen a la otra Iglesia martirial de ser “tonta útil” de un supuesto comunismo al que ven por todas partes, sin darse cuenta de que son ellas las verdaderas tontas útiles de un sistema que llega a producir mártires como vocación normal.

4. Profetas sin nombre

El primer rasgo del martirio como “vocación normal” me servirá aquí para referirme a tantos mártires anónimos o con nombre olvidado...⁵. Todo martirio es una vocación, por supuesto. La Biblia deja claro también que el profetismo es, asimismo, una vocación que suele encontrar una gran resistencia en el llamado, porque adivina su propia debilidad. Pero siempre se trata de vocaciones excepcionales, precisamente, por su misma dureza. En este contexto resulta bien sorprendente el hablar de una vocación “normal”. Que lo excepcional se convierta en normal significa entonces dos cosas que vale la pena citar.

En negativo, supone una advertencia al mundo entero sobre lo que el cuarto evangelio llama “pecado del mundo” y del que Jesús es víctima. Hoy, en nuestro siglo XXI, hablaríamos de la perversidad de un sistema que puede vanagloriarse de grandes éxitos crematísticos o tecnológicos, pero poco puede presumir de éxitos propiamente *humanos*. Es una advertencia hecha por iglesias cristianas al mundo entero, sea cristiano o no.

En positivo, supone que, en esta denostada América Latina, ha habido una supererogación del amor, de aquella perfección del amor de que hablaba Tomás de Aquino. Esto es a la vez una gracia y una responsabilidad. Como responsabilidad, debe ser cuidada con esmero. Como gracia, estamos seguros de que fructificará, aunque no podamos decir dónde ni cómo: la “comunidad de lo Santo”⁶ es una verdad de nuestra fe, pero nosotros no disponemos de la verificación de esa verdad, como si fuera la “señal del cielo” que le pedían los judíos a Jesús. Desde estos dos aspectos, positivo y negativo, se comprende mejor la razón que me dio el amigo Kim sobre por qué había elegido estudiar teología en El Salvador.

Pero, además, el hecho de que una vocación tan excepcional como la del profeta se haya convertido en normal en América Latina, ha llevado a otro dato sorprendente en la historia del profetismo: la aparición de mártires-profetas ya casi *sin nombre* —“algo parecido a como en el santoral católico de España se hablaba de “los innumerables mártires de Zaragoza”—, porque son tantos que es imposible conservar sus nombres. Pero la grandeza del profeta es tal, que conservamos y cuidamos y repetimos su nombre, o el de su escuela —Amós, Oseas, Jeremías, Isaías...—, a pesar de las vicisitudes de la historia.

5. Solo algunos ejemplos porque no tengo todos los nombres: Octavio Ortiz y los cuatro muchachos que le acompañaban, en El Salvador. José María Grant y varios religiosos corazonistas más, en la vecina Guatemala. O las mujeres recogidas por Clara Tenporelli en su libro *Amigas fuertes de Dios*.

6. Sobre esta traducción en neutro, antes que en masculino, remito a *Proyecto de hermano: visión creyente del hombre*, capítulo 11.

Por eso, y para terminar, vamos por un momento a poner a Mons. Romero y a Ignacio Ellacuría en segunda fila. Ellos son solo “uno más”, no son los más importantes, aunque sean más conocidos. Su fama sirve solo para que sirvan como de nombre que engloba a todos esos innominados.

En el holocausto nazi, aquellos cuyos nombres han quedado (Elie Wiesel, o Primo Levi, Ana Frank o Etty Hillesum...) no son las únicas víctimas, ni las más significativas; sirven solo para dar nombre a la multitud anónima de judíos víctimas de la barbarie racista y que, en cuanto multitud, ponen de relieve la inaudita maldad del sistema que los eliminó. En el caso de los mártires latinoamericanos sucede algo parecido, aunque sea en un tono menor. Es necesario tenerlos presentes a todos, sin limitarnos a aquellos que, por así decirlo, los recubren con su nombre o les dan nombre, porque esa multitud de mártires anónimos ayuda también a poner de relieve la maldad del sistema que tuvo que producirlos y que aún sigue actuando hoy en algunos países: el sistema político-económico de la “seguridad nacional”, denunciado contundentemente por la Asamblea del Celam en Puebla, para sorpresa de algunos.

5. Conclusión

Y, aunque ya está dicho todo, quiero cerrar esta breve aportación con las palabras de un gran discípulo y mejor amigo, desaparecido demasiado pronto. El mexicano Javier Jiménez Limón escribió:

Todo pensamiento y también toda teología profundos han de enmudecer ante la realidad del sufrimiento, de la muerte, la cruz y el martirio. Sólo si hay una base permanente de solidaridad práctica y de oración creyente podrá decirse algo con sentido. Y esta palabra ha de iluminar la solidaridad y hacer posible la verdadera oración. Sus límites son: no ha de ser una palabra racionalista que explique el problema del sufrimiento, sino una palabra que conduzca a custodiar y aun radicalizar tanto el misterio negativo del mal como el misterio último de la solidaridad, que alberga y acoge en sí la esperanza mayor del futuro (*Mysterium liberationis* II, 477).

Quizá lo dicho hasta aquí pueda ayudar a eso de radicalizar el misterio negativo del mal. Pero para terminar quiero fijarme más bien en las palabras que siguen: *el misterio último de la solidaridad, que acoge una esperanza mayor*. Creo que podemos decir que ese misterio es tan asombroso, que puede convertir al mártir de Cristo en redentor de sus mismos verdugos: esta es la esperanza mayor. Ellacuría habló también, en este mismo sentido, del aspecto redentor de lo que él llamaba “el pueblo crucificado”. No por sí solo, por supuesto, sino unido al misterio último del amor de Cristo, de donde brota nuestra solidaridad.

El mártir muere perdonando. Y su martirio convierte ese perdón en eficaz. El misterio de la comunión de Lo Santo que confesamos en el Credo es

precisamente ese: “el amor cuanto más propio es de cada uno, más común es a todos”, como explicaba Hugo de San Víctor⁷. Y Alberto Magno lo completa explicando que “la comunión de los santos” viene en el Credo junto al “perdón de los pecados”, porque “el pecado consiste en lo que es solo propio de cada uno”⁸.

Desde aquí, lo que tiene de noche oscura el recuerdo del martirio y de los mártires puede convertirse para nosotros en noche “amable más que la alborada”, como experimentó Juan de la Cruz. Y servir para que este pequeño encuentro académico concluya en gozo y esperanza. Así sea.

7. *Soliloquium de arra animae* c. 7 (PL 176, 958).

8. *In III Sententiarum*, Dist. 24 B, art. 6.